

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.



ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 35.—26 Agosto 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Las turbinas, por C. G.
—Una boda por el sistema de insaculacion, por don Ramon Real de Mendoza. (segunda parte.)—A Dios (poesía), por don José Martín y Santiago.—Amar en fotografia, por F.—El eclipse, por don José González de Tejada.—Poesía al señor don Juan Pascual Romero en la muerte de su malograda hija Julia, por don C. Murciano.—Historia de tres casamientos, por don A. A. de Sotomayor (artículo tercero: continuacion.)—El arco de Fiorillo, por don Juan Ramon Igualada.—El mendigo (soneto), por don R. R. de M.—Uso de las frutas, por E. C. y S.—Cándida ocurrencia, por don Modesto Costa y Turell.

LÁMINAS. Molino harinero movido por turbinas.—Mapa de las posesiones inglesas en la India.—El mendigo.—Geroglífico.

LAS TURBINAS.

La fuerza desarrollada por una masa de agua que cae ó corre por una pendiente como en el álveo de un río, se emplea en la produccion de movimientos mas ó menos regulares en ciertas máquinas que, por esta razon, han recibido el nombre de **máquinas hidráulicas**.

Todo el mundo sabe lo que es una máquina hidráulica como la rueda de paletas que hacia funcionar la bomba de Nuestra Señora, la cual aspiraba el agua del Sena empujándola en seguida dentro de tubos de conduccion; no entramos, pues, en mas pormenores para las máquinas hidráulicas en general, pues las que van á ocupar luego nuestra atencion son ya bastante complicadas.

Entre las máquinas hidráulicas, no diremos las mas usadas, sino las mas capaces de utilizar la fuerza desarrollada por una corriente de agua, figuran en primera linea las **turbinas**. Aunque las menos sencillas, son sin embargo las que producen mas fuerza que todas las demás máquinas hidráulicas.

¿En qué se conoce que una máquina hace mas fuerza que otra? ó por mejor decir ¿cómo se hace para medir la cantidad de fuerza que produce una máquina? Esto es lo que vamos á decir en pocas palabras.

Se juzga de la bondad de una máquina hidráulica cuando la fuerza desarrollada por la corriente de agua que la pone en movimiento y la que ella produce se acercan á la unidad.

Así por ejemplo, un salto de agua de 1 metro 60 cent. que dé unos 100 metros cúbicos de agua por segundo, produce una fuerza limpia de 150,000 kilogramos. Sabido es que el kilogramo es una unidad de fuerza que sirve de término de comparacion entre las fuerzas desenvueltas, sea por las máquinas, sea por los animales; esta unidad es igual al producto de un kilogramo elevado á un metro en un segundo. Y cuando se dice de una máquina que es de 50 caballos, esto significa que puede elevar en un segundo 50 veces 75 kilogramos, puesto que la fuerza de un caballo de vapor es igual á 75 kilogramos ó 75 kilogramos elevados á un metro en un segundo.

Vamos ahora á tratar muy sucintamente del **freno dinámico** de Prony.

Toda máquina que recibe su movimiento, sea del aire, del agua ó del vapor trasmite este movimiento á otras máquinas por medio de un árbol ó eje giratorio. En este árbol es donde se desenvuelven todas las resistencias pasivas. Así pues, si se quitan la infinidad de correas que unen el árbol á las otras máquinas de aserrar, de moler, etc., y que se las reemplaza por una birola de hierro colado que se fija en este árbol por medio de pernos (la birola forma cuerpo con una palanca que tiene en su estremidad un plato de balanza cargado de peso): se comprenderá fácilmente que el árbol

tendrá que hacer girar con la birola de la palanca, la balanza y los pesos, pero estos pesos ofrecerán una resistencia tanto mas grande al árbol cuanto mas numerosos serán.

El árbol, girando dentro de la birola casi con la misma velocidad que cuando hacia mover las demás máquinas, y la palanca, cargada de peso en su extremo, quedando horizontal, es fácil ver que la fuerza motriz es igual á la fuerza resistente desconocida y que está representada por los productos de la longitud de la palanca multiplicada por el número de pesos, á los cuales se añade el peso ejercido en la punta de la palanca por el plato (peso que se mide por medio de un dinamómetro) multiplicada en fin por el número de vueltas que el árbol dá en un segundo. El producto obtenido representa la fuerza buscada de la máquina. Comparándola finalmente con la fuerza desarrollada por la corriente que la pone en movimiento, será muy fácil conocer si su relacion se acerca á la unidad, ó mejor si son á corta diferencia las mismas.

Por consiguiente, por medio de todos estos cálculos se ha podido averiguar con seguridad la bondad mas ó menos grande de estas máquinas.

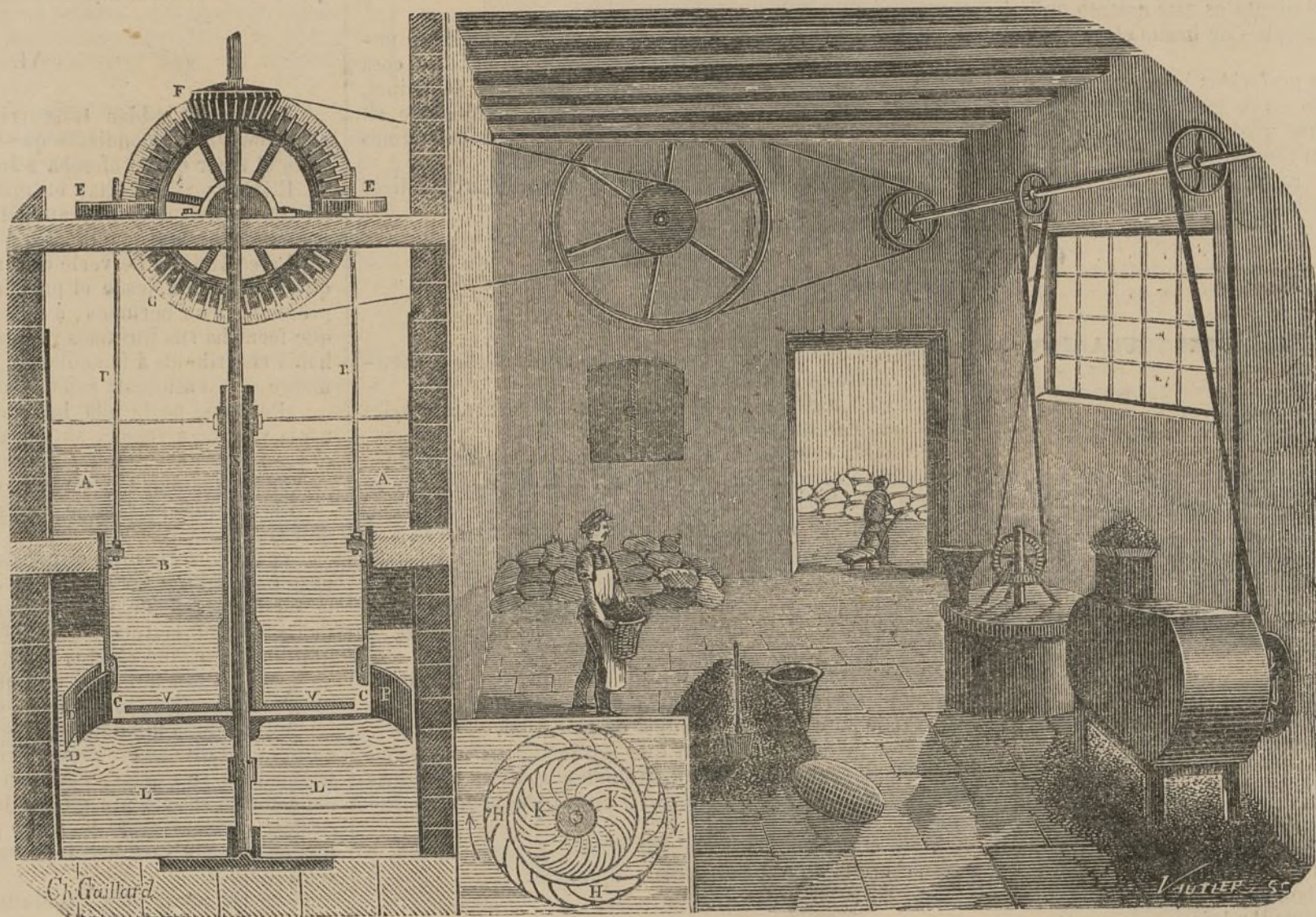
Vamos á tratar ahora de nuestro asunto principal y á hacer comprender porqué las turbinas se colocan en la linea de los mejores motores hidráulicos que se pueden emplear.

La primera turbina que se construyó fué la de M. Fourneyron, y es la que describiremos especialmente por ser la mas sencilla y una de las mejores de todas cuantas funcionan en la actualidad.

Como nos lo presenta una figura vertical á la izquierda de nuestro dibujo, las turbinas son ruedas de eje vertical que giran libremente debajo del agua.

El agua llega al canal superior A, descendiendo al depósito cilíndrico B, y se escapa de él por la parte inferior por una abertura cilíndrica C, que se abre ó se cierra segun se desea, subiendo ó bajando una compuerta e e, igualmente cilíndrica. Si estuviese allí la sola disposicion de la parte inferior de la turbina, el agua saldría bajo forma de cascada y no produciría resultado alguno.

Para que las cosas pasen de otro modo, se tiene cuidado de poner alrededor de la paradera una rueda de álabes circulares que se cubran los uno á los otros y que ofrezcan entre sí un espacio D, para facilitar la salida del agua. Lo que determina esta salida es la diferencia de los niveles de los canales superior A é inferior L. Estos álabes forman cuerpo con el árbol central S por medio de una pieza de hierro colado que las une á este árbol.



Molino harinero movido por turbinas.

Nuestro dibujo hace ver estos álabes de perfil y de plano. Véase igualmente que en el intervalo K, formado por estos álabes H y H, lo cual hace que el agua salga del depósito B moviéndose por todas partes oblicuamente sobre los álabes que tienden á oponerse á la salida del líquido: esta resistencia de los álabes los hace girar en el sentido de la flecha. La disposicion de la corvadura de las separaciones interiores K impide el desperdicio de fuerza que se produciría necesariamente si el agua fuese dirigida perpendicularmente sobre los álabes despues de escaparse en C, pues habria choque y todo choque es una pérdida de fuerza, como vamos á demostrarlo.

Supongamos que se arroje contra la hoja de una puerta de regular resistencia una bala de plomo bastante gruesa; esta puerta, aunque habrá recibido un fuerte empuje, se abrirá muy poco, mientras que con el dedo y sin grande es-

fuerzo, pero obrando siempre de una manera continua, la puerta se abrirá sin dificultad. Lo mismo sucederá en el agua: si choca rápidamente contra un obstáculo se verá detenida de repente, cuando si al contrario sale sin producir choque se utilizará toda su fuerza.

Se puede aumentar ó disminuir al grado que se quiera el agua que sale, subiendo ó bajando las compuertas e e por medio de las varillas R R y de las tuercas E E á las cuales se dá vuelta.

Cuanto mayor será la altura del agua en el canal superior, con mas rapidez girará la rueda K; esta es, pues, una gran ventaja de la turbina, pues por medio de las compuertas se puede moderar ó acelerar la velocidad de la rueda K. Este resultado es de una importancia notable en el caso en que la turbina deba girar siempre con la misma velocidad, ó producir constantemente el mismo trabajo.

Otra de las ventajas de la turbina es que, se encuentren altas ó bajas las aguas, funciona sin que se tenga que pasar cuidado alguno por la altura del nivel del agua del canal inferior, por mas que permanezca muy baja; además, se utiliza toda el agua, y por último, las grandes heladas no ejercen ninguna accion sobre la marcha de la turbina, puesto que el hielo se forma únicamente en la superficie.

Lo que hace tambien que las turbinas utilicen toda la fuerza producida por la caída del agua, es que el árbol central es vertical y que gira sobre un eje. Las presiones horizontales ejercidas sobre los álabes no tienden de ningun modo á arrastrar el eje de este árbol central S hacia ningun lado, circunstancias que no podrian realizarse con una rueda de eje horizontal, pues los quicios de este eje frotan fuertemente en los cojinetes que soportan todo el peso de la rueda.

Por consiguiente, en las turbinas, se vé desde luego que cualquiera desperdicio de fuerza se encuentra en gran parte anulado á consecuencia de las disposiciones que acabamos de mencionar. Así es que la esperiencia demuestra que por medio del freno dinámico, las turbinas utilizan de 75 á 80 centésimas partes de la fuerza motriz de la caída de agua.

Hemos dicho un poco mas arriba que el agua, al salir de las separaciones encorvadas K, llegaba oblicuamente á los álabes de la rueda anular H; lo que tiende todavia mas á hacerla llegar mas oblicuamente, es que estos álabes retroceden delante del agua que sale y que ésta se dirige entonces siguiendo una tangente interior á cada álabe de la rueda anular, ejerciendo por consiguiente una presion del interior al exterior en razon de su cambio continuo de direccion hasta su salida.

El árbol central, girando constantemente sobre sí mismo, comunica su movimiento, por medio de la rueda F, á la rueda G que encaja con ella. Esta rueda lleva sobre su flauta una correa sin fin que pone en movimiento una pequeña rueda que forma cuerpo con otra grande, la cual trasmite el movimiento recibido al árbol giratorio que se vé á la derecha del dibujo.

Este árbol hace funcionar muelas para moler el grano, ventiladores para aecarlo, y otras máquinas que no hemos creído deber representar aquí por no formar parte de nuestro asunto, sino muy incidentalmente.

Hemos querido solamente dar una idea de las turbinas y de la manera que transmiten su movimiento á otras máquinas útiles.

Además de la turbina de Mr. Fourneyron, hay algunas otras con diferentes modificaciones mas ó menos ventajosas.

En resumen diremos, que todas las turbinas inventadas hasta hoy son buenas máquinas hidráulicas; que la experiencia ha demostrado que dán muy buenos resultados, y que es sensible que no estén tan generalizadas como merecen.

Verdad es que su establecimiento es mas costoso que el de un molino de agua; pero despues de hecho el gasto todo son ventajas.

La rutina quiere que sean preferidas las ruedas de álabes planos, encorvados, como los de las ruedas Poncelet y las ruedas de pala; es un error que se padece y que desaparecerá seguramente con el tiempo, que concluye siempre por hacer prevalecer la razon, si bien desgraciadamente despues de habernos hecho experimentar muchos perjuicios.

C. G.

UNA BODA POR EL SISTEMA DE INSACULACION.

SEGUNDA PARTE.

En una de estas últimas noches pregunté á mi amigo Luis, si estaba dispuesto á cumplir su palabra sobre la historia de Andrés.

—¿Por qué no?—me respondió.—Y sin embargo, mucho me temo que, lo que debo referirte, no te deje argumento bastante á formar un cuadro.

—No pases cuidado por eso. Cuéntame lo que sepas, que en cambio de interés, tendrá tu relato el mérito de la verdad.

—Pues escucha.

Y mi amigo reanudó de este modo la historia que noches antes había dejado suspensa.

I.

«Casado Andrés en Burgos con la interesante Julia, era feliz. El carácter de ésta era bellissimo, y por lo mismo el mas aceptable á un hombre como Andrés.

Ya puedes figurarte con qué impaciencia esperaríamos todos el regreso que nos había anunciado. Ese mismo carácter ligero y travieso, que le era distintivo, hacia interesante para nosotros su amistad.

En aquella ocasion además, era fundada nuestra impaciencia ó, para espresarme mejor, nuestra curiosidad, porque ninguno conocia á Julia. Yo, que era el mas ligado á Andrés, apenas la había visto dos ó tres veces.

La circunstancia de habernos presentado éste, antes de salir de Burgos, á un hermano de su novia, jóven de diez y seis años, de grata presencia, no servia mas que para aumentar el deseo que mostrábamos de volver á ver á nuestro amigo. Hé aquí por qué:

«Si Julia, pensábamos, se parece á su hermano, de seguro, ese endiablado de Andrés es el hombre mas feliz del mundo, porque el muchacho es hermoso.»

Nuestra curiosidad se vió al fin satisfecha, cuando pasados quince dias le vimos aparecer entre nosotros.

Despues que cada cual hubo enlazado sus brazos con el recién llegado, ó apretado entre las suyas una de sus manos, y despues tambien que nos enteramos de los pormenores de su viaje, el teniente Ernesto le dijo:

—Como no te creo celoso, Andrés, ¿supongo que nos darás el gusto de ser presentados á tu esposa?

—Lo considero muy puesto en razon, porque deseo tambien que conozcáis á Julia.

—¡Oh! ya sabemos que es bellissima.

—¡Pchs! Regular; su mayor belleza consiste, en que es un ángel.

—Dices bien.

—Pues ya lo sabeis, hasta cuando os agrade.

Y diciendo esto Andrés, se separó de nosotros.

II.

En los primeros dias que se siguieron fué visitada la bella pareja por la mayor parte de los compañeros, teniendo Julia, con tal motivo, ocasion de relacionarse con las familias de éstos, entre las cuales conquistó universales simpatías por su amabilidad.

Como era natural, tampoco faltó Ernesto, acompañado de su hermana Matilde, que era una niña de quince años y de peregrina hermosura.

Y sucedió en esta entrevista una cosa, que era muy natural tambien. Julia y Matilde, atraídas por una secreta simpatía, se amaron, uniéndose desde luego tan cordial y amigablemente, que al despedirse no parecia sino que se habían conocido toda la vida.

Ernesto, por su parte, con el entusiasmo de sus diez y

ocho años, vió á la muger de Andrés y la admiró. Quiso lucir su viva imaginacion, y logró espresar de mil maneras la idea de la felicidad, simbolizándola en el cariño de una muger encantadora. Estuvo feliz en algunos momentos y harto imprudente en otros, porque entre las galanterías que dedicó á la esposa de su amigo, se oyeron ciertas apasionadas frases, que no hubieran sonado bien en los oídos de Andrés, si afortunadamente el diálogo que en aquel momento sostenia con Matilde, no hubiera venido á estorbar que las escuchara.

Pasados algunos instantes, Ernesto y Matilde se despedían; y al salir de aquella casa, nada tiene de extraño que se ocuparan de la feliz pareja, pues si á los ojos de Matilde aparecia Julia agradable y simpática, á Ernesto le cautivaban tantos hechizos como se aunaban en aquella criatura angelical.

A pesar de todo, si alguno se hubiera atrevido á preguntar á éste: «¿es amor lo que sientes hácia esa muger encantadora?» es seguro que habría contestado sin vacilar: «No,» porque, al considerar su estado, revelábanse sus sentimientos contra la idea de que pudiera dar entrada en su corazón á un amor sin correspondencia.

Hubiera respondido así tambien, porque, segun él podia darse cuenta, hasta entonces no había hecho otra cosa que admirar las perfecciones de una aparicion bellissima, como se admiran en una buena escultura, ó deleitarse en la contemplacion de sus atractivos, como nos deleitamos ante un lienzo de *Rafael*.

¿Llegaria una ocasion en que Ernesto se arrepintiese de pensar así?

¿Quién era capaz de adivinarlo?

III.

Pasaron algunos dias, y si Matilde no, Ernesto comenzaba á mostrarse impaciente.

Preocupábale una porcion de ideas concentradas todas en un solo pensamiento. El recuerdo de Julia.

¿Se había enamorado al fin, de la esposa de Andrés?

Nadie le dirigia esta pregunta; era él mismo el que se la hacia y dudaba cómo contestarse.

Reflexionaba además, que los felices esposos no habían pasado todavía á ver á su hermana, privándole así del placer que experimentar al volver á casa de Andrés.

¿Qué pretexto dar para satisfacer este deseo del alma?

Ninguno plausible se presentaba á su imaginacion, y esto era lo que le preocupaba.

Desgraciadamente Ernesto sin que ninguno, ni aun él mismo, se apercibiese de ello, comenzaba su debut amoroso entregando su corazón á la muger de su amigo.

¿Cómo podia él sospechar que siguiendo sus mas bellas inspiraciones, soñando instintivamente delicias y venturas, caminaba sobre un volcan, cuya lava podia consumirlo?

Y sin embargo, nada era mas cierto. Ernesto amaba, y su amor era el volcan que podia aniquilarle.

IV.

Un dia anunciaron á dos caballeros en casa de Ernesto y su corazón, latándole apresuradamente, le dijo que debía salir á la sala donde Matilde acababa de recibirlos. Hízolo así, y ¡cuál no seria su sorpresa al reconocerlos!

Uno de ellos era Andrés, y el otro Julio, el jóven de hermoso rostro á quien Ernesto había conocido algunos meses antes en Burgos, Julio el hermano de la muger á quien amaba, tan parecido á esta como una gota de agua á otra.

Pasado el asombro, de que tambien había participado Matilde al cambiar con él su saludo, Ernesto fué quien sin poder dominar su emocion preguntó á Andrés por su muger.

—Ha tenido un gran disgusto en no poder acompañarnos—contestó aquel.

Entretanto Julio y Matilde sostenian un animado diálogo.

Mas de una vez los ojos hermosos de la niña se habían inclinado al suelo demostrando la confusion; mas de una vez se habían teñido sus mejillas de un encendido carmin, y mas de una vez tambien sintió que el corazón queria salirse del pecho al escuchar las frases ligeramente apasionadas que le eran dirigidas.

Era natural. Matilde oia por vez primera esas palabras lisonjeras, y tímida, asustada como la corza que oye la explosion de la carabina, no podia decidirse á aventurar una respuesta.

Luego la conversacion se hizo general, y por último Andrés se levantó.

La visita había sido corta, y al parecer solamente satisfactoria para Matilde que desde aquel dia pensó mas de lo que le era conveniente en la gentileza y amorosas palabras de Julio.

Despedidos ya, Andrés y Julio se retiraron, permaneciendo tanto Ernesto como su hermana cabizbajos y pensativos, y aunque no se comunicaron sus pensamientos, ambos interiormente formaban sus proyectos para estrechar mas y mas una amistad que les era preciada.

Ambos obedecian ciega y secretamente á una voz del alma.

V.

Los proyectos que habían formado Ernesto y Matilde dieron por fin sus resultados.

Unas veces porque aquel, tomando el nombre de su hermana iba á rogar á Andrés que acompañando á Julia fuesen á verla, y otras porque Matilde cogiendo el brazo de su

hermano se encaminaba á casa de Julia, no pasaba dia alguno sin que se reuniesen, aficionándose todos ellos á un trato que para alguno llegó bien pronto á ser una necesidad.

En aquellas ocasiones en que solamente se reunían los hermanos y los esposos, es decir, cuando faltaba Julio, Andrés y Matilde parecían inquietos y hasta angustiados.

¿Qué razon había para ello?

La situacion de Matilde era clara, comprensible, pero ¿quién era capaz de adivinar la de Andrés?

Había otros momentos en que no se encontraba Julia entre ellos.

En estos casos, mientras en el semblante de Andrés irradiaba el contento, Ernesto se hallaba disgustado hasta el extremo de considerarse el mas infeliz de los mortales.

¿Misterios del alma quizás! que ninguno osaba penetrar.

Mientras esto acontecia, pasaba una cosa muy estraña.

¿Qué singular casualidad alejaba siempre á Julio de su hermana ó á esta de aquel, que jamás pudieron verse reunidos?

Esto era lo singular, y sin embargo era tan cierto como que ni Matilde ni Ernesto se habían apercibido de ello.

VI.

Tres meses habían trascurrido de este modo, y fácil es comprender el ascendiente que tomaria en el alma de Matilde el amor que profesaba á Julio.

Ella no podia ocultar el interés que mostraba por su amante, ni el pesar que angustiaba su corazón cuando la presencia de aquel no llegaba á calmar su inquietud.

La costumbre de verle diariamente, la simpatía estraña que á él le unió desde el primer momento, la amistad que profesaba á su hermana, á quien había confiado el secreto que formaba sus ilusiones y alimentaba sus esperanzas, todo había contribuido á fomentar un cariño tan puro como vehementemente, tan entusiasta como imposible.

¿Pero qué podia ella hacer contra un sentimiento que nacia y se desarrollaba sin oposicion, creyéndole siempre el precursor de sus soñadas esperanzas?

Solo podia amar, y esto es lo que hizo.

Pero lo mas alarmante en estas amistades era el amor de Ernesto.

Aunque en distintas circunstancias que su hermana, empezó por admirar las gracias de Julia, y sin apercibirse de la trasformacion de sus sentimientos, fué un amor puro, una adoracion secreta y respetuosa la que se siguió, consagrándole al mismo objeto, para terminar como terminaba ya en una atraccion loca, en una pasion alarmante é irresistible, cuyas consecuencias le era imposible imaginar.

Así sin duda hubo de espresarlo á Julia, que no vió con desagrado tanto amor; mas celoso Andrés al observar cierta frialdad en su esposa, y advertido por propia inspiracion del colorido sangriento que podia presentar este cuadro, se decidió á desenlazarlo del modo mas natural, supuesto que una calaverada suya había provocado la explosion de tales sentimientos.

Con las pocas palabras de una conversacion que tuvo conmigo á los pocos dias, comprenderás de qué manera despejó la situacion.

VII.

Un dia veo entrar á Andrés en mi cuarto.

—Luis, te necesito,—me dijo.

—Dispon de mí.

—Oye, y respóndeme primero.

—Te escucho.

—¿Recuerdas á mi esposa?

—Sí; ¿por qué me lo preguntas?

—¿Y de su hermano Julio, haces memoria?

—¡Vaya una pregunta! ¡No parece sino que te has vuelto loco!

—Bien, ¿y qué piensas de los dos?

—¿Yo qué puedo pensar? Mira, Andrés, si piensas seguir de ese modo la conversacion, prefiero que me dejes en paz.

—¿Con que tú tambien? ¿Tú tan imbécil como los demás?

—Oye, Andrés. Ni te comprendo ni quiero comprenderte. Hazme el gusto de marcharte.

—No lo esperes: ¿no has oido que te necesito? Además, quiero que me escuches.

—Espíciate al menos con claridad.

—¿Es decir, Luis, que tú crees como los demás que hay una Julia y un Julio?

Concibe ahora si puedes cuál seria mi asombro al oír estas frases. Empezaba á comprender lo que me decia Andrés y no acertaba á creerlo.

—Pero Andrés...—esclamé.

—Lo dicho.

—¿Y podrás decirme el objeto de esa travesura?

—Claro que sí.

Entonces me esplicó que habiendo tenido un dia el capricho de ver á Julia vestida con un traje de hombre, le suplicó accediese á su deseo, con cuyo motivo, encantado de lo hermosa que parecia con la trasformacion, tuvo la humorada de presentárnosla en Burgos bajo el nombre de Julio y como hermano de su novia. Que una vez casado, su regalo de boda había consistido en un traje completo de la misma clase, con intencion de que no usara otro; pero que el trato con diversas familias, que no pudo evitar, le obligó á desechar este pensamiento, usando Julia indistintamente los dos trages y los dos nombres, segun las diversas situaciones en que se había hallado.

Despues me habló de la amistad de Ernesto y Matilde, contándome con mas detalles todo lo que te llevo referido, para venir á deplorar que las cosas hubieran tomado un sesgo tan contrario á lo que esperaba.

—Hé aquí ahora—concluyó diciéndome,—para lo que te necesito. ¿Te negarás á encargarte de desengañar á Matilde?

de, á esa pobre niña, cuyo corazón sin duda vas á desgarrar con tus palabras? ¿Podrás escusarte tampoco de advertir á Ernesto que hace mal en poner sus ojos y su albedrío en una mujer cuya correspondencia á otro que su marido, sería un crimen? Estos son mis deseos, que confío, Luis, á tu amistad por mas desagradable que te sea intervenir en ellos.

Dicho esto salió, dejándome con sus palabras una exigencia que realizar, y un negro pesar que combatir.

VIII.

Al día siguiente me dispuse á cumplir el encargo de Andrés.

¿Qué podía hacer al considerar la equívoca situación en que se encontraban las diferentes personas, todas de mi aprecio, que figuraban en este enmarañado asunto?

A la primera que ví fué á Matilde, y todo lo que pudiera decirte de la escena que entre nosotros pasó sería pálido.

Desvanecidas sus mas ilusorias esperanzas y herida en el alma, sus lágrimas me conmovieron hasta el punto de ignorar las frases de que debía hacer uso para dejarle algún consuelo.

Triste, muy triste se presentaba su porvenir, y todo el tiempo que vivió con su hermano la observé poseída de un sentimiento tan profundo, como si para ella no hubiese ya felicidad posible.

Luego supe que había ido á pasar una temporada al lado de una tía suya, é ignoro lo que despues ha sido de ella.

Ernesto recibió mi consejo con cierto aprecio, pero con tal frialdad, que me dió á conocer lo inútil de mis observaciones.

No he sabido si pudo dominarse y ocultar su cariño, persuadido como estaba de que Julia le correspondía: mas es lo cierto que de allí á poco se divorciaron los esposos sin que llegásemos á saber el motivo.»

Así terminó Luis su relato, al cual solo pretendo añadir algunas palabras.

Acaso el divorcio de Andrés y Julia reconoció por origen el amor de Ernesto; tal vez tuvo lugar por efecto de alguna otra calaverada de Andrés; ó mas bien quizás el hastío vino á ser la necesaria y lógica consecuencia de un enlace realizado de una manera tan estraña.

Sea de ello lo que quiera, es indudable que cualquiera de estas causas bastaba á presentar análogos resultados.

¿Qué otros fines podrán nunca esperarse de tan estraños principios?

RAMON REAL DE MENDOZA.

A DIOS.

I.

Del mar profundo los profundos senos
Sondar podrá ¡oh Señor! la humana mente:
Contará sus arenas... los serenos
Rayos del sol quilatará potente.
Los mundos medirá, de tu luz llenos,
Que pueblan el espacio trasparente...
Todo lo alcanzará su altiva ciencia,
Todo, Señor, menos tu pura Esencia.

Esencia pura que dó quier percibe,
Soplo vivificante de la vida,
Luz increada que *ab eterno* vive,
Primer amor del alma dolorida;
Pura Esencia que siente y no concibe
Esta flaca razon que en mí se anida;
Abre á mis ojos tu inmortal tesoro
E ilumina esta nada, en que te adoro.

Disipa ¡oh Dios! la niebla, dó se esconde
A mi vista tu Ser, creador del mundo;
Tú fuiste antes de ser; ¿mas cómo, en dónde
Te velaba ¡oh Señor! tu amor profundo?
Por tí á mis dudas tu creacion responde;
Pero ¡ay! que apenas de esperanza inundo
El triste pecho, ante tu gloria siento
Disipado caer mi pensamiento.

¿Cómo cantar tu escelso poderío?...
Por mas que mi alma diga ser tu hechura,
No logra imaginarte mi albedrío:
Que no encierra al Criador la criatura.
Inmortal es tu ser, caduco el mío;
Tú brillas en tu luz, yo noche oscura
En torno á mí contemplo en mi flaqueza;
Tú solo magestad, yo soy vileza.

¿Cómo cantarte?... Si cantaba amores
Un tiempo mi laud, y en bienandanza
Sintió placeres, suspiró dolores
Que dán al alma vívida esperanza;
Si el dulce aroma de las gayas flores
Cantó y del mar la plácida bonanza,
Hoy, al alzarse hasta tu ser, mi lira
Ronca enmudece y mísera suspira.

Y te anhela cantar con noble canto
Y vuela á tí, Señor, tímida el alma
Porque el vate inspirado en su quebranto
Quiere alcanzar de la virtud la palma.

Dame, dame ¡oh Ihowáh! tres veces santo,
Del canto celestial la dulce calma;
Anima en mí la llama del profeta
Y el espíritu infunde del poeta.

II.

Quando en Oriente el rey de la mañana
Su faz asoma y rubia cabellera,
Los espacios vistiendo de oro y grana
Y de colores mil loma y pradera;
Y mece el árbol y la flor lozana
Besa la dulce brisa placentera;
Tú, Dios de Sabaoth, desde tu asiento
Dás fuego al sol y su murmullo al viento.

Deslízase fugaz claro arroyuelo
Sobre blancos guijarros, cristalino;
Finge en sus linfas el azul del cielo
Y riega de mil flores su camino:
Sobre las flores, suspendiendo el vuelo
Se posa y suelta el ruiseñor su trino:
A tí levantan de su amor trofeos,
Su voz el agua, el ave sus gorgoros.

Allá en el horizonte mas remoto
De negras nubes escuadron alado
Se va formando: el iracundo Noto
Las impele: ya el sol yace enlutado;
Ya la montaña se desgaja, y roto
El roble, rueda desde el monte al prado...
Al estallar terrible la tormenta
Sobre la nube ¡oh Dios! tu planta asienta.

Huye el ave medrosa á la espesura;
Río soberbio, al monte se dilata
El arroyo, inundando la llanura;
Del monte cae inmensa catarata;
Retumba el trueno en la celeste altura,
El rayo de la nube se desata,
Y al rebramar del trueno y del torrente
Oigo airada tu voz ¡oh Dios potente!

Cunde la noche ya. La blanca luna
Su plateado rayo destellando
La tormenta deshace, y una á una
Viento fugaz las nubes va arrollando.
Cesa el rumor; en monte y en laguna
Dulce brisa se estiende suspirando
Y quedan á la vez en santa calma
De Dios las iras y del hombre el alma.

Y vuelve á susurrar entre el follaje
El arroyuelo cristalino y manso,
Formando con las flores y el taraje
En blanca peña encantador remanso;
Y el ruiseñor parlero, en el ramaje
No dá paz á sus trinos ni descanso;
Que otra vez ¡oh mi Dios! dicente amores
Arroyo y ruiseñor, ramaje y flores.

Y en medio la tormenta bramadora,
Y despues en la calma apetejada,
Cuando brilla centella destructura,
Cuando derrama el sol calor y vida,
O del trueno la voz aterradora
Por los senos del monte va perdida;
Siempre eleva natura dulce canto
A tí ¡oh grande Ihowáh! tres veces santo.

Y yo tambien en alas del deseo
La lira pulsaré con débil mano:
Yo, Señor, que en tu gloria eterna creo
Y tu poder ensalzo soberano.
¡Ciego es quien no te vé cual yo te veo!...
Que el pez, la fiera, el ave y el gusano,
Tu gloria y tu poder, Señor, pregonan
Si los menguados hombres te abandonan.

En las horas de amargo desaliento,
Quando al alma las dudas dan quebranto
Elevo á tí ¡mi Dios! el pensamiento
Y brota de mis ojos dulce llanto.
Llanto que enjuga mi ardoroso aliento
Si tus grandezas y tus glorias canto;
Y torna al alma triste y conturbada
La paz perdida, la virtud llorada.

Gérmén consolador brota fecundo
Dentro del pecho, al duelo ya cerrado,
Y si mi planta mancha el cieno inmundo,
Mi sien corona el lauro ambicionado.
Rey de los otros seres, siu segundo,
Soy por tí á los querubenes igualado;
Y mi voz con su voz en almo coro
Te dice ¡oh Dios! que sin cesar te adoro.

Me hicistes á tu imágen; semejanza
Me dió al Ser tuyo tu Bondad Divina:
Recibe este homenaje de alabanza
Que humillada tu hechura te destina;
Tú eres mi Dios, mi dicha y mi esperanza;
Tú, quien me sacará de vil ruína:
Escucha al corazón; pues muere el canto
Dó empieza ¡oh Dios! de gratitud el llanto.

José MARTIN y SANTIAGO.

AMAR EN FOTOGRAFÍA.

La historia que voy á contaros la oí referir no hace muchas noches en el Suizo. Habíame sentado solo, segun tengo por costumbre, en una mesa del saloncito de la pastelería, que dá entrada al de señoras, cuando dos pollos entraron resueltamente, y colocándose en la puerta que conduce al departamento reservado al bello sexo, pusieron á examinar detenidamente á cuantas jóvenes y señoras se hallaban refrescando. Terminada su revista de inspeccion, buscaron una mesa á que sentarse, todas se hallaban por completo rodeadas: aproximáronse, pues, á la que yo solo ocupaba, y uno de ellos dijo dirigiéndose á mí:

—¿V. permite?

—Si señor, con mucho gusto.

Sentáronse, llamaron á Mayer, el mozo que sirve en la pastelería, consultaron la *carte* para elegir sorbete, y una vez echa su eleccion, pusieron á hablar para esperar con mas paciencia que se les trajesen los helados que acababan de pedir.

Naturalmente yo no perdía una palabra de su conversacion. Esta no recuerdo sobre qué giró en un principio, mas luego uno de los jóvenes preguntó:

—¿Y Carlos? ¿Qué es de él? ¡No le veo en ninguna parte! Y cuando se le echa la vista encima, que siempre es de siglo á siglo, tiene una cara tan triste, no dice una palabra; vá siempre solo y pensativo. ¿Qué tiene?

—¡Qué! ¿No sabes lo que le ha sucedido?

—No por cierto.

—Pues oye y tiembla, como dicen todos los héroes á todos los confidentes en todas las tragedias habidas y por haber.

—Oigo y tiemblo, pero no sé si mi temblor es por lo que voy á oír ó porque he tocado con los dientes sin querer una cucharada de sorbete.

Y como no recuerdo precisamente las palabras en que el pollo refirió la historia, y como quiera que cuando cuento cualquier cosa me gusta referirla á mi manera, en mi estilo, con las digresiones que se me ocurran, en fin, segun mi leal saber y entender, me subrogo en el lugar del narrador y os referiré la aventura de Carlos en el modo y forma para mi preferibles.

Carlos acababa de cumplir veinte años y estudiaba el cuarto de leyes. Y cuando digo que estudiaba, quiero decir que iba á clase á leer una novela, y que tenia sobre su pupitre el derecho administrativo del doctor Colmeiro, y el derecho canónico de Cavalario. Por lo demás, entrambas obras conservaban igualmente intacta su virginidad y sin abrir sus pliegos.

Es verdad que Carlos no faltaba una tarde al Prado, ni al estreno de una zarzuela ó comedia, ni hacia novillos al Suizo, ni dejaba de encontrarsele en dos ó tres tertulias de confianza cada vez que la esperanza de un par de polkas y otros tantos lanceros las convertian en tertulias *danzantes*.

Esto explica el porqué la Novísima y la Coleccion de Ramiro Tejada eran relegadas al olvido.

Pero Carlos era todo lo mas *buen muchacho*, todo lo mas *infeliz* que se puede ser. Incapaz de hacer daño á nadie, inofensivo por naturaleza y carácter, siempre con la risa en los labios, siempre dispuesto á cualquier calaverada inocente, poco emprendedor con las muchachas aun con las

duquesas de Capellanes
y princesas del Ariel.

era de excelente pasta, simpático y querido de todos. Sus padres, acaudalados en provincia, le habian mandado á Madrid con el pretexto de que estudiase, pero realmente para que corriese el mundo y conociese la vida; en fin, para que no fuese un señorito de pueblo imbécil é insufrible, sino un muchacho ni con ínfulas de sábio, ni con necedades de tonto.

El pobre Carlos decía que habia amado ya dos ó tres veces, y tal vez lo creia tal como lo decía. En realidad le habia gustado esta ó la otra mujer que habia encontrado en el teatro, en el paseo, por la calle, ¿qué sé yo dónde? pero su timidez habia hecho que le gustase solo de lejos, y bien lo sabeis, para que una mujer nos entusiasme es preciso que nos embriague con la melodía de su voz, con los efluvios de su mirada, con el perfume de sus cabellos, con su aliento, con sus coqueterías, con lo imprevisto de su conversacion, con las monerías de sus movimientos, y para todo esto es preciso estar á su lado, tratarlas, conversar con ellas. Así los pseudo-amores de Carlos no habian pasado de efimeras impresiones que bien pronto se habian desvanecido.

Una carta de su padre le mandó que se retratase en fotografia y que le mandase una copia.

Este mandato tan sencillo debia influir poderosamente en la vida del pobre Carlos. ¡Tan cierto es, que las pequeñas causas son las que producen grandes resultados!

Apresuróse como hijo obediente á poner en práctica la orden paternal. Para ello, dirigióse á casa de uno de los mejores fotógrafos, cuyo nombre callo por discrecion. Subió los ciento y pico de escalones; pues no dejareis de saber que los fotógrafos eligen por domicilio lo mas alto de las casas mas altas.

—¿Don Fulano? preguntó á un criado.

—Tenga V. la bondad de pasar al salon: vendrá al momento.

Carlos pasó al salon. Un sofá forrado de tapicería, algunas sillas análogas y un velador, componian el mueblaje de éste. Pero sobre el velador habia algunos albums, y las paredes se hallaban materialmente cubiertas de grupos y retratos fotográficos.

El joven se puso a examinarlos. Había allí de todo. Ministros, diplomáticos, militares, empleados, grupos de estudiantes, toreros, cómicos, viejas, muchachas, pollos y gallos, banqueros y banquistas.

De pronto, los ojos de Carlos se fijaron en una fotografía. Era un retrato de mujer de cuerpo entero. El fondo figuraba un jardín: una escalinata daba subida a una hermosa calle de árboles: naturalmente la figura ocupaba el primer término.

Representaba una mujer como de veinticuatro a veinticinco años. Su rostro de un óvalo perfecto y cubierto de una interesante palidez, se iluminaba con los insostenibles reflejos de dos hermosísimos ojos negros, sombreados por un ligero círculo violado, y un tanto velados por sus magníficas pestañas. Sobre sus cejas, que parecían dibujadas de una sola pincelada de mano maestra; tal era la pureza y corrección de su arco: lucía su frente pálida y blanca, formando el marco de este bellísimo rostro, una espléndida cabellera negra de reflejos azulados.

Y aquella cabeza parecía salirse del cuadro con su mirada lánguida y voluptuosa y con su sonrisa dulce y tierna. Un vestido negro, con un cuello blanco sin bordado alguno y unos puños semejantes, dibujaba el talle delicado y el ancho seno, y en sus grandes pliegues descendía al suelo. Carlos no se cansaba de mirar aquel retrato. Creía que aquellos ojos se fijaban en él y que aquella sonrisa a él se dirigía y que oía su voz y respiraba su aliento. Y cada minuto de aquella contemplación, fijaba aquella imagen en su alma y apresuraba los latidos de su corazón y oscurecía su inteligencia.

¡Pobre Carlos! Se enamoraba y esta vez de veras. Cuando V. guste, dijo el fotógrafo entrando al fin. Todo está ya preparado, y solo falta que V. se coloque.

Carlos pareció salir de un sueño. A la manera de un autómatas se colocó en la postura que le indicaron, y cuando le dijeron: Ha concluido, se movió, porque le decían que ya podía moverse. Su pensamiento estaba muy lejos del gabinete fotográfico, vagaba por los espacios imaginarios. Momentos después, el fotógrafo le llevó el negativo para que lo viese.

—Ha salido V. divinamente. —Está bien, replicó sin mirar. Dígame V., dijo a su vez al fotógrafo, ¿podrá V. venderme este retrato?

Y Carlos señalaba el que tanto había contemplado. —Sí, señor, tengo otra copia y puedo dar á V. esa. —Entonces me lo llevo. ¿Cuánto es? —Lo que vale: un napoleón.

Y el fotógrafo se sonrió como si hubiese dicho un chiste. —Tome V. —No hay prisa. Cuando pague V. su retrato. Puede V. mandar por él dentro de una semana. —Bueno. Adios.

Carlos se marchó con el retrato, ni mas ni menos que si llevara un tesoro. Compró un marco precioso, y llegado á su casa lo colocó en él y lo puso en su cuarto.

Desde aquel día la Novísima y la Instituta tuvieron un nuevo adversario. Carlos se pasaba las horas muertas mirando el retrato. Al fin un día se dijo:

—Es preciso que yo encuentre á esta mujer. Y se puso á buscarla. Andaba por las calles mirando cara á cara á cuantas mugeres encontraba; recorría todas las noches todos los teatros; no faltaba á los paseos. Todo en vano. La incógnita no parecía.

Cuando se fatigaba ó se desesperaba, iba á descansar ó á animarse contemplando el retrato, y luego volvía á sus pesquisas.

El modo mas fácil de encontrarla, hubiera sido enseñar el retrato á sus amigos, tal vez muchos de ellos conocerían al original. Pero esto hubiera sido publicar su amor, y ya he dicho que Carlos era muy tímido.

Un día dió un napoleón á uno que llevaba un organillo y se puso á seguirle y á examinar las mugeres que se asomaban á los balcones á oír las tocatas.

Se pasaba horas enteras apostado en la Puerta del Sol ó en las calles de tiendas para ver si descubría á su desconocida. Inútil trabajo.

Una noche, abatido y desesperado al ver el mal éxito de sus investigaciones, encontró á un amigo suyo. —Qué triste estás, Carlos, le dijo este. ¿Qué tienes? —Nada. —Me engañas: tienes algo y no quieres decírmelo. Respeta tu silencio; pero quiero consolar tus penas. Vente al Cisne, algunos amigos comemos juntos, sé de los nuestros. Carlos se dejó llevar.

La comida fué magnífica. Los manjares mas esquisitos desaparecían para dejar su sitio á otros mejores. Los vinos eran de lo mejor. Todos los convidados eran jóvenes, así que la animación, grande ya desde un principio, fué siempre en aumento. Cuando el Champagne hizo saltar al techo los tapones y chispeó con su espuma en las anchas copas, aquello fué un fuego graneado de chistes y alegres ocurrencias. Vaciadas algunas botellas fueron aumentándose los detalles de las aventuras picaucas que se referían; pero siendo todos los jóvenes de buena sociedad, no llegó el caso de que las cosas se llamasen por sus nombres. La comida rayaba en orgía, pero no pasaba de la línea divisoria.

La conversación, las luces, la comida, los vinos, todo contribuyó á alegrar á Carlos y hacerle olvidar por un momento el objeto de su constante preocupación. Hasta contó dos ó tres cuentos nada moralizadores á la verdad y dijo dos ó tres chistes oportunos y que hicieron reír.

—A la resurrección de Carlos, dijo uno levantando la copa. Pero esto hizo caer de pronto la superficial alegría del joven.

En un momento de confusión se deslizó entre los convidados, ganó la puerta sin ser visto y salió á la calle. Atravesó la de Alcalá y entró en la de Peligros.

Era aun invierno y serían ya las diez de la noche. Ade-

más hacia frio y no habia mucha gente por la calle. Una muger iba delante del joven.

Un extraño presentimiento le hizo apresurar el paso y alcanzarla. Al pasar á su lado, la luz del escarpate de una tienda dió de lleno en el rostro de la muger.

Era la desconocida del retrato. Carlos no pudo dar un paso ni pronunciar una palabra. Por un momento creyó volverse loco, que las cosas giraban á su alrededor. Pero hizo un esfuerzo sobre sí y logró verse.

La muger habia vuelto á adelantarse y Carlos se apresuró á seguirla. Siempre detrás de ella tomó una de las calles laterales. Pero al llegar á un portal la muger se detuvo y se paró á la puerta. Carlos vaciló un momento sobre si retroce-

dería ó seguiría adelante, pero marchó al fin hácia delante. La muger del retrato, al pasar Carlos junto á ella, le detuvo cogiéndose de su brazo, y sonriéndose con espresion voluptuosa le dijo:

—¿Quieres subir? Al oír aquellas palabras, al sentir el contacto de aquel brazo que se apoyaba en el suyo, Carlos sintió que le faltaban las fuerzas; pero esto duró solo un brevísimo instante, el tiempo que la razon del joven, oscurecida entonces, tardó en comprender el sentido de aquellas palabras, en comprender tambien que la muger que tanto amaba sin conocerla, era una de esas que hacen una vil mercancía de la hermosa que Dios les dió, para que con ella fuesen la luz, la vida y el consuelo del hogar doméstico.

Rechazando entonces á la muger cual si su contacto fuera un hierro ardiente, echóse á correr loco, desatentado. Cuando llegó á su casa se arrojó vestido sobre su lecho y se puso á llorar amargamente. De esta crisis salió bien. Después de largo rato en que desahogó su pecho en lágrimas y sollozos, se sintió mas consolado.

Desprendió del marco el retrato de la muger que habia amado, porque su amor se habia evaporado en aquellas lágrimas, y lo arrojó á la chimenea.

Encima de su mesa habia una carta sin abrir. La tomó y se puso á leerla.

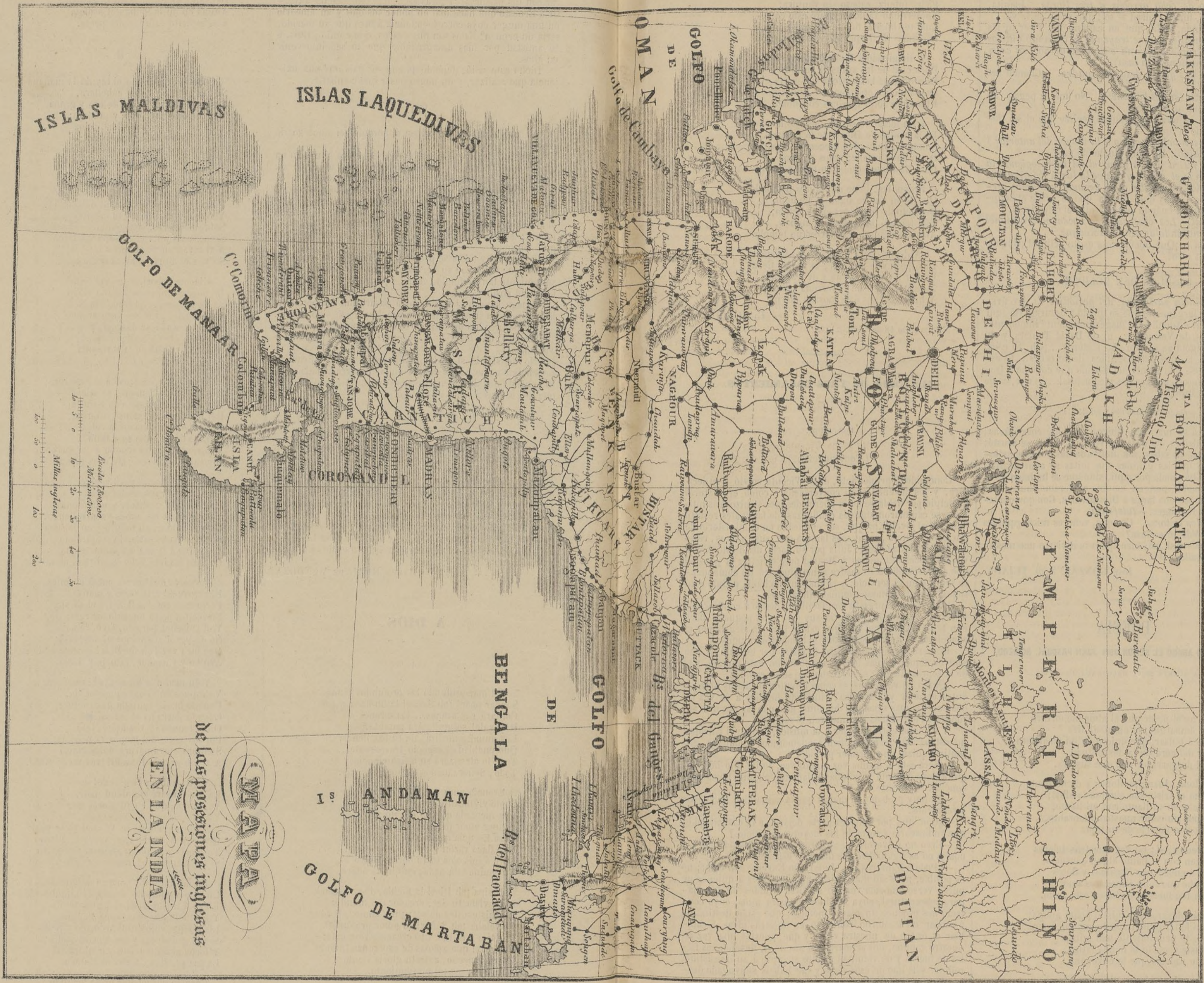
Era una carta de su padre que contenia otra de su hermana. «Sé que estás triste y que no gozas de salud, le decia su

padre. Sino estás contento ni bueno en Madrid, deja tus estudios, no necesitas de ellos para vivir, y vente á nuestro lado, que aquí nuestro cariño te preservará de penas y de enfermedades.»

«¿Por qué estás triste? Le decia su hermana. Y si lo estás, ¿por qué no te vienes al lado de los que te queremos? Dicen que estoy ya hecha una muger, y tan alta y guapa como nuestra prima Amalia. ¡Si vieras cuánto hablo con ella de tí! Ya sé que os queriais mas que como primos. La pobrecilla siente mucho que no estés aquí. Ven y seremos todos felices.»

—Estaba loco, murmuró Carlos. ¡Buscar la felicidad lejos teniendo la tan cerca!

Y á la mañana siguiente volvió á su pueblo.



—Y aquí tienes explicado dijo uno de los pollos al otro por qué hace tiempo que no ves á Carlos, y por qué cuando lo veías estaba tan triste y abatido.

—Y ¿no has tenido noticias suyas? ¿quién sabe si el pobre estaria malo del pecho y se habria muerto!

—¡Jesus! ¡qué idea! Nada de eso; estaré tan contento y tan gordo; en fin, lleno de satisfacciones.

Aquí llegaban de su diálogo cuando dos jóvenes bastante bonitas seguidas de un elegante joven entraron en la pastelería. Al ver al último, los dos pollos no pudieron contener el asombro.

—¡Carlos! ¡En Madrid!

—¿Qué diablos nos lo trae de nuevo!

Carlos llevó á las jóvenes al salon de señoras, y cuando se hubieron sentado y pedido refresco, vino á saludar á sus amigos.

—¿Qué famoso estás, qué guapo! Estás otro. —Es que me he casado, contestó sonriéndose. —Es decir, que esas señoritas...

—Una de ellas es ya señora, puesto que es mi muger. La otra, la que va vestida de blanco, es mi hermana. —Chico, rocíe nuestra enhorabuena. —Gracias, gracias. Os dejo. Venid á vernos. Paramos en la fonda de...

—¿Has venido á pasar en Madrid la luna de miel? —Si hubiera de pasarla toda aquí creo que no volveria ya mas á mi pueblo.

—Está visto, dijo uno de los pollos, cuando Carlos se volvió al salon de señoras, será preciso que nos casemos. ¡Todos nuestros amigos desertan de las filas del celibatismo, y dicen que son tan dichosos bajo las banderas de Himeneo!

—Pues nada, á casarnos, contestó el otro.

Y como quiera que soy de la misma opinion y estoy resuelto á tomar estado, lectoras, á vosotras acudo, pedid mi blanca mano, sacadme depositado, que yo juro no dejar feas... á las que ya seas bonitas.

Y tú, á quien dedico mis cuentos de color de cielo como tus ojos, no te enfades por el párrafo anterior. Bien sabes que es solo una guasa y que á tí sola quiere.

EL ECLIPSE.

COLOQUIOS DOCTRINALES DE VEJINIDAD.

ANTES DEL ECLIPSE.

(Una tienda de comestibles).

El señor Pedro (aguardador viejo). ¿Con que al quedarse á oscuras, se llama eclipse? Pues entonces yo me quedé en eclipses una vez que estuve en el Congreso de las Cortes, oyendo á un señor disputado que daba muchas voces y mantenía mucho.

La cocinera del cuarto segundo. Y diga V., don Eugenio, ¿es verdad que cantarán los gallos al quedarse sin luz? porque tendria gusto en oír cantar á mi amo, que es capaz de cantar, aunque sea en la mano.

Don Eugenio (el tendero, poniéndose unos anteojos con armadura de plata). Sois unos petates, incapaces de comprender los misterios de las artes y las ciencias. Un eclipse consiste en que la luna se pone delante del sol.

El señor Pedro. Pues entonces vamos á ver la luna iluminada como los transparentes de las iluminaciones.

Don Eugenio. Calla, ganápuro. En la oscuridad los animales se asustarán, y aun habrá algunos que se mueran.

El portero de al lado. ¡Qué! eso sí que no lo creo: los animales no se asustan á lo oscuro.

Don Eugenio. Te digo que sí. (Dando una puñada en la mesa).

El portero. Pues yo le digo á V. que no. Don Eugenio. ¿Qué apostamos?

El portero. Lo que V. quiera. Don Eugenio. El café para los presentes. Todos. ¡Bravo! ¡Bien!

El portero. Corriente, y á la prueba. Don Eugenio. Voy á traer el periódico que habla de eso.

El portero. No hay necesidad de periódicos. (Da vuelta á la llave del gas y apaga la luz. Oscuridad, confusión). ¿Qué tal? ¿se muere alguno de Vds?

Don Eugenio. No, bribon; que estoy muy vivo para matarte de un trancazo, si te cojo.

El portero. ¡Bah! pues entonces no es verdad lo de que se mueren las bestias.

(Uno de los concurrentes enciende un fósforo. Todos buscan al portero: éste les hace la mamola desde la calle. Indignacion. Cuadro final).

(Sala en casa de un hombre público distinguido).

El marqués. ¿Y dónde piensa V. ver el eclipse, Ascensioncita?

Ascensioncita (señora de sesenta, gorda y alta). No espero verle. Estoy tan delicada de los nervios, que una cosa así me afectaría fatalmente. Ese es el que está preparándose para ir á Zaragoza.

Don Alfredo. (Emunencia de treinta años, con mucha perilla). ¿Cómo! ¿qué dice V.?

El marqués (bajo á Alfredo). No hay que asustarse; la casa célebre de Zaragoza es de locos, pero no de tontos. (Alto), y pronto tendremos el gusto de ver de vuelta al honorarible republicano, en cuya casa hallamos tan grato recreo.

El amo de la casa. Gracias; pero protesto, en cuanto á lo de republicano. Yo siempre defenderé la libertad y los derechos de la augusta señora, que me honró con el espinoso cargo de ministro.

Un periodista de oposicion. Que ojalá desempeñara V. ahora (para pedir que me colocase).

El amo de la casa. Libreme Dios de semejante desgracia. Solo el amor á mi patria me pudo obligar á sacrificarme en sus aras las seis veces que tuve las carteras de Hacienda, de Marina y de Estado.

Un pollo (auxiliar agregado sin sueldo, á la niña de la casa). Si tu papá se marcha, podremos hablarnos con mas frecuencia.

La niña de la casa. ¡Ay, qué gusto! ¡Si tú supieras lo que te amo! (Casi tanto como amé á Eduardo la semana pasada; ¡y eso que aquel era mas bonito!)

El amo de la casa. Con que volviendo al eclipse, ¿dónde piensan Vds. verlo?

El marqués. Yo voy al desierto de las Palmas.

El pollo (Asustado). ¡Tan lejos?

El marqués. ¿Cómo lejos? si es ahí, cerca de Castellon.

El pollo. ¡Ah! ¡es verdad! (Como habló de palmas y desierto, creía que sería cosa del Sahara).

Don Alfredo. Pues yo voy con los sábios alemanes y franceses al Moncayo.

El pollo. No se dirá por V. aquello de que «cada oveja con su pareja.»

El periodista. Yo pienso ir con algunos amigos al punto donde se ven la luz y la sombra mas allá de Jadraque.

El amo de la casa. Eso estará bonito.

El periodista. ¡Pchs! Yo voy allí, porque dán de comer; y los fenómenos astronómicos no se ven de ningún modo mejor, que á través de una copa de Champagne ó de Burdeos.

El amo de la casa. Pues yo tengo ahí ya un antejo que he mandado rayar, para que sea de mas alcance.

Un aficionado á la economía (que no habia hablado hasta entonces por no gastar saliva). ¿Y por qué no van Vds. á Valencia?

Ascensioncita. ¡Buena gana, habiendo allí cólera!

El economista. ¡Oh! pues yo voy aun cuando haya efectivamente algunos casos; como los billetes del ferro-carril se venden á precios reducidos, siempre es un ahorro.

El pollo. Señores, son las dos y media, y dejo á Vds., que tengo que ir al Casino á caza de novedades.

(Movimiento: los tertuliantes sacan los relojes y empiezan á despedirse).

La niña de la casa (al pollo, como quien no dice nada.) Mañana vamos al Circo de caballos, palco núm. 32.

EN EL ECLIPSE.

(Vista general de España: en primer término se vé el Moncayo, coronada de sábios la alta frente, en segundo lugar las Baleares y Valencia, y á lo lejos varios cerros de la provincia de Guadalajara.

Al acercarse los horarios de los relojes á la una de la tarde se nota grande agitacion: los sábios colocan en batería los anteojos, preparan los cocineros los almuerzos para dar fuerza á las vistas desfallecidas de hacer la puntería, y en Madrid dedicase la poblacion entera á calentar cristales con humo de fósforos).

El sol, (despavilándose los rayos y tarareándose unas habaneras). ¡Cuidado que es mucha cosa esta! como si uno no fuese un ciudadano libre le han de fisgar todos los pasos, anunciando la hora en que ha de pasar uno por aquí, ó por allí y el día en que se me antoje dar un abrazo á mi esposa para que todo el mundo nos mire tiznándose las narices.

La luna (desde su tocador). Ahora, en peinándome saldré yo y nos divertiremos un rato en ver los gestos que hacen los mortales. Tira ya ese agua, muchacha; (una estrella vierte el barreño de nubes en que la luna acaba de lavarse los pies. Los sábios del Moncayo ven venir encima el chubasco y se tiran de los pelos al compás de la lluvia, temiendo quedar en salsa y no ver el eclipse).

El sol. ¡Cómo nos miran ya, y qué prisa se dan á ahumar cristales! Allí está aquel tostado los gemelos de teatro; sin duda cree que vá á verte las pantorrillas, como se las vé á las boleras. ¡Anda, aquel nos vá á ver reflejados en un cacharro con agua! ¡Oh astucia! ¡pudiendo mirarnos en original nos vá á ver en retrato! En fin, vente por acá, querida luna, y empieza ya la funcion. (El sol suelta la cincha de uno de sus caballos, y dejándola flotar faja con ella el globo: empieza la oscuridad á estenderse por el sitio cubierto por la banda).

El sol. Mira, mira, luna, por detrás de esta cinta que ocupados están los hombres. Allí los astrónomos nos fisgan con sus telescopios, y observan cómo baja y sube el mercurio en los termómetros; allá aquellos sencillos palurdos se asombran al ver anochecer tan temprano; acullá los que desean saber algo de lo que pasa entre nosotros, y no entienden los fenómenos de la ciencia, conténtanse con pegar los ojos á un cristal ahumado. Si yo tuviera aquí un aparato de fotografía, ¡qué vista tan curiosa podríamos sacar! Aquel caballero gordo está entusiasmado: dice que te vé cerca de mí y que ya me tapas la mitad de la cara con el miriñaque; pero si él se mirase en un espejo veria encima de la suya dos lamparones que le embellecen las narices y la frente; el otro de mas allá, está estudiando el efecto que hace el eclipse en el ánimo de aquellas hormigas y de dos gilgueros que ha llevado en una jaula. El espera que las hormigas soltarán la carga y echarán á correr, y que los gilgueros habrán de meter la cabeza bajo el brazo, ó sea bajo las alas preparándose para dormir, pero ni por esas; aquellas siguen en su faena, y estos cantan que se las pelan. Pero ¡qué le pasa, que ha dado de repente un salto llevándose la mano á la espalda por debajo de la levita? ¡Ah! es una pulga que no habia conocido aun los efectos del eclipse...

(Mientras habla el sol, váse colocando delante de él la luna para ver mejor).

Coro de ambos sexos. ¡Ah! ¡aaah! ¡aaah!!!

Un caballero de ocho arrobas y tres libras. Juanita, Mónica, Perico, mirad, mirad al sol, que ya no se le vé.

La luna. Anda, anda, que en cambio vá á ver tú las estrellas. (El caballero corre trayendo y llevando vidrios á su familia, tropieza en una silla y dá de hocicos en el suelo. Consternacion en la casa).

Un burro en voz grave desde la cuadra. ¿Cuándo me asusto yo?

Las codornices (en los balcones). No me la pegan, no me la pegan, que no anochece.

Un marido. Ahora sí que puede decirse que el sol tiene cuernos como la luna.

Un amigo, (soltando la mano á la muger del anterior.) ¡Ah, sí! (Distraido). He visto mucho de eso.

(La luna se retira poco á poco; el sol va recogiendo la faja que envolvía el globo, y vuelve la luz á iluminarle).

Un aficionado que miraba á las vecinas, viéndolas cerrar los balcones. ¡Ay que lástima que se acabe el eclipse! Voy á ver para cuándo anuncia otro el calendario.

Cuadro final. Los observadores hacen observaciones entre dientes mojándolas con Champagne.

Coro general. ¡Qué buena cosa es un eclipse! ¡Cuándo nos veremos en otro!

DESPUES DEL ECLIPSE.

Correspondencia particular del periódico EL ETCÉTERA. Describe largamente que se quedó á oscuras. Hé aquí lo mas sublime: «Aquellos era magestuosamente imponente, ni los pinceles de Velazquez, ni de David Teniers y de Goya. El Gólgota en el supremo instante... ¡Oh! El caos, la inmensidad, la sucesion magnífica de los orbes... El espacio sin límites... la mente del filósofo que concibe á través de los arcanos científicos una idea colosal... El que, como dijo el poeta, camina

¡por el piélago inmenso del vacío!...»

Ildefonsa á su marido.—Chico: esto jué cosa güena, rompimos la idriera del cura pá verlo, y naide se asustó; los cerdos, como tú sabes, son mu valientes y se escondieron, lo mesmo que las gallinas que toitas se acurrucaron; de pulitica no hay nada por aquí, sino que se ha hundido la casa del pregonero, pero en cambio comeremos buena cebada, que hay cosecha larga á Dios gracias. Con que cuidate co no desea tu muger.—*Ildefonsa.*

El autor á los lectores. Con que, señores míos, ¿qué les ha parecido á Vds. el eclipse?

Los lectores. Así, así; bien; pero se divierte uno mas en el circo de caballos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

POESIA

A MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON JUAN PASCUAL ROMERO,

EN LA MUERTE DE SU MALOGRADA HIJA JULIA.

Mas no el pesar que el alma me tortura
Mi voz embargue; la enlutada lira
Dadme á pulsar, que quiero en mi amargura
Cantar del corazon la desventura,
El ¡ay! desgarrador con que suspira.

Perdona, Juan, perdona; y de mi canto
Escucha el triste son aunque te aflija;
Y mezclando tu llanto con mi llanto,
Lloremos sin cesar nuestro quebranto,
La dolorosa muerte de tu hija.

Lloremos, sí; tal vez nuestros dolores
Alcancen con el llanto algun consuelo
Yendo á cubrir con lágrimas y flores
La tumba que robó á nuestros amores,
La que fué nuestra dicha en este suelo.

¡Cuán desgraciada fuiste, pobre amiga!
O cuán feliz, ¿quién sabe? ¡eras tan buena!
Mas, este pensamiento mal mitiga
Del triste corazon la honda fatiga,
El rudo padecer que le envenena.

Que yo bien sé que, desplegando el vuelo
El ángel del Señor baja á la tierra;
Y cuantos halla al paso sobre el suelo
En su regazo los conduce al cielo
Cuando sus ojos para el mundo cierra.

Yo bien lo sé; y aun busco un lenitivo
En esta persuasion de mi fé ciega;
Mas, aunque así cristiano lo concibo,
Es mi dolor tan pertinaz, tan vivo,
Que nada, nada á mitigarlo llega.

La amiga cariñosa de mi infancia,
La esposa y la hija fiel, la madre tierna,
La flor llena de aroma y de fragancia,
No estaba bien en la terrena estancia,
Y huyó de Dios á la morada eterna.

Mas ¡ay! que en vano ya buscan mis ojos
De aquella Julia los encantos bellos;
La dulce risa de sus labios rojos;
De su mirada ardiente los destellos...
Solo alcanzan sus míseros despojos.

¡Murió, murió!... dad rienda á vuestro llanto
Padre infeliz, esposo sin ventura;
Yo derramo tambien sobre este canto
Cual testimonio fiel de mi quebranto,
Lágrimas de despecho y de amargura.

Y dirigiendo á Dios una plegaria,
Pura cual de las auras el perfume,
Encendamos la antorcha funeraria
Que alumbré eternamente solitaria
El acerbo dolor que nos consume.

Y en torno de su luz, los ojos fijos
De la Madre de Dios ante la imagen,
Conduce, Juan, los inocentes hijos
De tu Julia infeliz; votos prolijos
Por ella eleven que á su tumba bajen.

Propónles, lleno de interés profundo,
Que de su madre sigan el ejemplo;
Dechado de bondades sin segundo,
Ella triunfó del proceloso mundo,
Alzando siempre á la virtud un templo.

¡Ah! por eso la amiga de mi infancia,
La esposa y la hija fiel, la madre tierna,
La flor llena de aroma y de fragancia,
No estaba bien en la terrena estancia
Y huyó de Dios á la morada eterna.

C. MURCIANO.

Málaga julio 18 de 1860.

HISTORIA DE TRES CASAMIENTOS.

POR AMOR.

(Continuacion.)

Concluido el primer acto, doña Vicenta volvió á su lectura, y los jóvenes á su conversacion: como era natural principió por hablarse de la ópera; despues se hizo mas íntima y se cambiaron algunas confianzas, de las cuales resultó llamarse el jóven Enrique, ser empleado en el ministerio de Hacienda, soltero, y sin mas familia que sus padres, residentes en Ciudad-Real: Julia por su parte manifestó haber venido hacia dos meses á Madrid para solicitar la pension que correspondia á su madre como viuda de un comandante muerto en el servicio, y la cual aun no habia podido conseguir por presentarse algunas dificultades.

La jóven se espresaba con facilidad, dando á conocer una esmerada educacion, y movia sus ojos y su pequeña boca con tanta gracia que Enrique estaba loco de alegría por el conocimiento que la casualidad le habia proporcionado.

Hubiera querido prolongar la ópera por espacio de una semana siquiera; mas todo tiene su fin en este mundo, y el de la representacion se acercaba con suma rapidez.

¿Quién no vé deslizarse como minutos las horas pasadas entre el amor y la música, sintiendo heridas á la vez las dos cuerdas mas sensibles del alma, gozando las dos mas arrobadoras emociones que mueven el espíritu?

Y decimos entre el amor y la música, porque si Enrique no estaba aún completamente enamorado, se hallaba, sin sentirlo quizá, en el primer periodo.

—¿Será esta la última vez que os vea, Julia? dijo notando que á doña Vicenta le faltaban solamente algunas hojas para concluir el libretto.

—Es muy probable, á menos que la casualidad no vuelva á reunirnos.

—¿Con que por vuestra parte dejareis á la casualidad lo que yo buscara á costa de los mayores sacrificios?

—Creo no volveréis á acordaros mas de personas con las cuales no os liga interés de ninguna especie.

—¿Podeis figuraros eso, Julia? dijo Enrique con calor; no es posible, pues sin duda sabeis que hay séres á quienes no puede verse una sola vez sin sentirse atraídos de una manera sobrenatural, cuya voz hiere nuestra alma, cuyo contacto nos produce un placer inefable, que están destinados á causar un trastorno completo en nuestras ideas, á cambiar el órden de nuestra vida, y que puestos una vez en nuestro camino, nos arrastran en pos de sí, llevándonos faltos de fuerza y de voluntad sujetos siempre á su irresistible influjo: sois uno de esos séres y me habeis subyugado desde el primer momento: ignoro el estado de vuestro corazon y no trato de inquirir el objeto que me propongo; pero os he visto una vez, os he hablado, y creo que mi destino sea seguirsos de hoy en adelante.

—Ya veis con cuán poca exactitud cumplís vuestra promesa, manifestando un entusiasmo que estais muy lejos de sentir.

—¿Y por qué suponerlo así?

—Porque es cuando menos prematuro, y dais muestras de tenerlo por tema obligado de vuestra conversacion con las mugeres.

—Sois terrible, Julia; pero ¿y si os equivocaseis?

—Entonces, dijo esta bajando los ojos, estaria obligada á daros gracias por vuestra bondad.

—¿Y no os contrariaria mucho que al salir del teatro os acompañase á vuestra casa?

—Solo sentiria causaros alguna molestia.

—¡Molestia decís! por ir con vos daria yo cuatro veces la vuelta al mundo.

—Veo que sois muy exajerado.

—Dedid mas bien que vuestra severidad me impide espresar todo cuanto siento.

Doña Vicenta acabó de leer el libretto y cortó la conversación de los jóvenes diciendo:

—No me gusta la ingratitud con que este hijo corresponde al cariño de su padre y mucho menos el sangriento desenlace de la ópera.

—Sin embargo, dijo Enrique, sin este desenlace no estaría justificado su título.

—¿Pero no podría salvarse el conde?

—¿Y la verdad histórica?

—No sería la primera vez que se falta á ella por los autores de dramas y novelas.

—Teneis razon, contestó Enrique, para cortar la disputa.

En aquel momento empezó el último acto absorbiendo por completo la atención de doña Vicenta, y algo menos la de su hija que correspondía de vez en cuando á las miradas de Enrique.

Concluida la ópera todo el público se puso en movimiento y comenzó á salir del teatro: tan larga como le habia parecido á la generalidad, fué corta para Enrique, no obstante las seis horas de casi absoluta inmovilidad y de presión que la mucha concurrencia le habia hecho guardar; pero ¡era tan dulce esta presión por un lado! Su sentimiento era que fuese demasiado débil.

Pidió permiso á la mamá para acompañarlas, y obtenido que fué la presentó su brazo lanzando un suspiro.

Hay sacrificios bien penosos, y ciertamente es de los mayores el llevar á remolque una velusta mamá en tanto que su linda hija camina sola delante. Y esto en ocasiones, cuyos instantes valen por siglos, y cuando tan grato sería sentir el peso de su torneado brazo, y el calor de su pecho y los latidos de su corazón; y cuando hay mil palabras que murmurar á su oído con la voz temblorosa por las emociones del fluido eléctrico y... ¡Mal haya la galantería!

Enrique acompañó á las señoras hasta una modesta casa en la calle de la Reina, á cuya puerta dieron tres golpes que significaban un tercer piso: allí recibió los cumplidos y ofrecimientos de costumbre, y obtuvo licencia para visitaras, con lo cual se despidió lleno de alegría.

A la mañana siguiente, despues de haber pedido permiso al jefe de su seccion para un asunto importante, se dirigió á hacer su visita, en la cual no habia dejado de pensar toda la noche, impidiéndole conciliar el sueño la bella imagen de Julia, constantemente fija en su imaginación.

Así es que puso el mayor esmero en su tocador; escogió en su escaso guarda-ropa las prendas que le parecieron mas elegantes; y despues de haber gastado dos reales en rizarse y perfumarse el cabello, se encaminó á la calle de la Reina, donde fué perfectamente recibido por sus conocidas de la noche anterior.

La habitacion se hallaba tan modestamente amueblada como convenia á la viuda de un oficial que aun no habia obtenido su pensión; pero ofrecia un aspecto de orden y aseo que agradaba á primera vista.

Julia sencillamente vestida lucia su elegante talle, y su lindo rostro era realzado por dos bandós que ceñian su rubia cabeza.

Enrique despues de saludarlas, empezó su conversacion por una de esas fórmulas tan usadas y manoseadas que se emplean cuando no hay suficiente confianza.

—¿Supongo, dijo, que habrán Vds. ya descansado de la furcion de anoche?

—No acostumbro cansarme de lo que me gusta mucho, dijo Julia, y una ópera es para mí de los placeres mas agradables.

—Es V. de mi misma opinion; pero al fin la subida al paraiso no deja de ser penosa.

—Y sin embargo, dijo doña Vicenta, tengo la manía de preferir ese sitio á cualquiera otro del teatro.

—Enrique se sonrió.

—No es extraño repuso, al menos si uno se muere allí tiene uno aborrido la mitad del camino para llegar á la presencia de Dios.

—Es, dijo doña Vicenta sin hacer alto en la malicia de esta contestacion, porque puede irse de cualquier modo sin necesidad de engalanarse ni estar toda la noche espetada como en una butaca ó en un palco.

—Si, indudablemente es una ventaja y por eso lo prefiero yo tambien.

Y Enrique al decir esto con cierta ironía, no dejaba de mirar á Julia que se ruborizó por la sandez de su buena madre.

Despues giró la conversacion sobre otras materias y se trató de la viudedad, lamentándose doña Vicenta de los entorpecimientos que sufría el asunto.

—Aun cuando de poco valor, dijo Enrique, me atrevo á ofrecer á V. mi mediacion: tengo algunos amigos en el ministerio de la Guerra, así como en la Direccion de infantería y tendré mucho gusto en recomendarles la actividad del espediente.

—Puede V. estar seguro de que le estaré muy agradecida: carezco de relaciones y de una persona que no deje dormir el negocio y esta es la causa de su retardo.

—Entonces, señora, lo tomo desde ahora á mi cargo y haré cuanto sea posible por conseguir su pronto despacho.

—¿Y cómo podré recompensar á V. tanta bondad?

—No hablemos de eso, pues tengo suficiente recompensa con el gusto de haberla conocido.

Aquí empezaron de nuevo los cumplidos, y á poco rato Enrique se despidió cada vez mas prendado de la bella Julia, que aun cuando habia tomado poca parte en la conversacion, á cada momento le parecia mas discreta y seductora.

Escusado es decir que fué despedido por la mamá con los mayores ofrecimientos y las mas marcadas muestras de afecto.

Enrique halló un motivo en el espediente de viudedad para ir todos los dias á casa de Julia, y se resolvió á aprovecharlo porque se sentia inclinado hácia ella de una ma-

nera irresistible: se encaminó en derechura á la Direccion de infantería, y allí por medio de un amigo se enteró del estado en que se hallaba el negocio: solo estaba detenido por falta de algunos documentos que ya se habian reclamado, y Enrique recibió la seguridad de que tan luego como llegasen se despacharia.

Aquella misma noche fué á poner esta noticia en conocimiento de doña Vicenta, y recibió por ello las mas expresivas gracias.

Desde este dia siguió frecuentando la casa, donde llegó á ser tratado con la mayor confianza, acompañando á las señoras siempre que salian á la calle.

Doña Vicenta no podia pasarse sin él y le colmaba de elogios, haciéndole el joven mas galante, mas fino y mas obsequioso del universo.

Julia le concedia interiormente mejores cualidades aún que su madre, y esperaba siempre impaciente en el balcon su venida y lo veia marcharse con la mayor tristeza.

Un dia los jóvenes se encontraron solos por un momento, pues la mamá habia salido de la habitacion para dar una orden á la criada.

Hacia tiempo que el corazón de Enrique se hallaba cargado como una mina, y solo aguardaba una chispa para hacer la explosion.

Sus ojos se encontraron con los de Julia, y esta fué la chispa.

—Julia, dijo, no puedo ocultaros por mas tiempo lo que ya debéis haber conocido: desde el primer momento en que os ví os amo con toda mi alma, y ahora solo aguardo una sola palabra para ser feliz ó desgraciado.

La joven bajó los ojos ruborizada, y contestó tímidamente:

—Creo que no tratareis de abusar de mi credulidad.

—¿Podeis pensar eso siquiera por un momento?

—Entonces, Enrique, no puedo dejar de agradecer vuestro cariño.

—¿Y lo aceptais, Julia? preguntó éste enagenado.

—¿A qué ocultar lo que siento? respondió Julia; demasiado habreis conocido que os correspondo.

—¡Oh! soy el mas feliz de los hombres, exclamó con transporte Enrique, y vos, Julia, la mas encantadora de las criaturas.

Una sonrisa fué la respuesta de aquel arranque de entusiasmo.

La entrada de doña Vicenta puso término á esta conversacion.

Desde entonces los jóvenes se vieron mas á menudo, y muchas veces evitaban la presencia de la madre para poder hablar con mas confianza.

El ventanillo de la escalera servia de conducto para sus conversaciones amorosas, y casi siempre, cuando el joven penetraba en la habitacion, habian tenido cuando menos media hora de tierno diálogo.

Doña Vicenta no dejó de aperebirse de las relaciones que mediaban entre su hija y Enrique; pero éste era un buen muchacho; tenia un destino en el ministerio de Hacienda con seis mil reales, lo cual indicaba algun favor, las mayores esperanzas de ascender y un talento bastante despuesado, lo cual era suficiente para la huérfana de un comandante muerto, sin mas bienes que su espada.

Tampoco era ambiciosa, y si, por el contrario, bastante buena madre para no contrariar la inclinacion de su hija, principalmente cuando se dirigia á un hombre que tan acreedor se habia hecho á su aprecio.

Así es, que toleró estos amores procurando ejercer la necesaria vigilancia para evitar cualquiera imprudencia de las que suelen tener lugar entre dos jóvenes apasionados.

Pero esa vigilancia hubiera sido inútil, á no tratarse de Enrique poseído de un verdadero amor y dotado de una gran delicadeza.

No es conveniente un total abandono; pero hay ciertos hombres, á quienes una excesiva desconfianza hiere en su amor propio y les hace concebir ideas que alejarían con empeño si se les hiciese mas justicia.

Y sabido es, que tiene muchas probabilidades de triunfo el hombre que posee el amor de una muger y camina de mala fé.

De poco ó nada sirve el celo de una madre por excesivo que sea.

El talento de ésta debe consistir en conocer el carácter del que posea el amor de su hija.

Y si lo halla dotado de las condiciones anteriormente dichas, no exasperarlo con imprudentes recelos.

Pasó algun tiempo, durante el cual se hizo el mas profundo y vehemente cariño de los dos jóvenes: ya no podian vivir el uno sin el otro, y las horas que Enrique consagraba á su destino eran de impaciencia y tormento para Julia.

Entretanto se concedió á doña Vicenta su viudedad, y terminando los motivos que la retenian en Madrid, anunció un dia su resolucion de marcharse.

Un rayo que hubiese caído á los pies de los jóvenes, no les habria causado mas terror que esta declaracion.

—Pero, señora, dijo Enrique sin poder hablar apenas, creo que con vuestra pensión podiais vivir en Madrid lo mismo que en cualquiera otra parte.

—Estais en un error, dijo doña Vicenta; mis cortas proporciones no me permiten disfrutar nada de lo que ofrece la corte, y ese lujo, esos carruajes, esas magnificas tiendas que todos los dias presentan nuevos y ricos objetos, son un perpétuo tormento para el que de todo carece.

—Puedo aseguraros, mamá, que yo no deseo absolutamente nada, dijo Julia.

—Eso piensas ahora, y mañana tal vez pensarias otra cosa; pero tampoco es esa la principal razon que me mueve á desear nuestra marcha: estamos aquí aisladas, sin familia, sin amigos.

Enrique hizo un movimiento.

—Perdonad, Enrique, si os he ofendido; pero vos solo no podiais, en caso de enfermedad, prestarnos todos los

auxilios necesarios, ni tampoco, si yo llegase á faltar, podiais amparar la horfandad de mi hija; ved aquí por lo que necesito reunirme á mi familia, para encontrar en ella apoyo y proteccion.

Los jóvenes callaron, pues nada tenian que replicar á esto; pero sintieron un dolor profundo que les impedia articular palabra.

(Se continuará.)

EL ARCO DE FIORILLO.

Fiorillo era un célebre violinista italiano de grande habilidad y que carecia absolutamente del excesivo amor propio tan comun á sus compatriotas. Vivía en Lóndres á fines del último siglo, en cuya ciudad habitaba tambien el baron de Bayge, hombre tan excesivamente aficionado á la música que en todo la encontraba: si oía rechinar los goznes de una puerta, mayar un gato ó disputar acaloradamente en una calle, al momento sacaba un libro de memorias y apuntaba las inflexiones musicas correspondientes: no habia en la ciudad vendedor ambulante cuyo grito peculiar no se hallase reproducido en la coleccion del baron. A pesar de esta afición á la música, de los muchos maestros que tuvo y de las tres horas diarias que dedicaba al estudio del violin, nunca pudo conseguir tocar con afinacion; pero su mano armonizada á lo que mas se resistia era á los bemoles. Fiorillo, que era á la sazón su maestro, se desesperaba y no sabia qué hacer con su discípulo. Un dia arrojó este encolerizado el violin exclamando:—Bastante he aguantado.

—¿Qué decis, milor? preguntó el maestro.

—Digo que estoy resuelto á hacer una mocion á la alta cámara para que prohíba, bajo la pena de una fuerte multa, á todos los compositores de música emplear bemoles en sus composiciones.

—¡Graciosa proposicion! exclamó Fiorillo riendo á carcajadas.

—Por lo menos moral, señor mio, repuso el baron con dignidad. Tenemos una ley contra los juramentos, y no hubiese yo faltado á ella tantas veces si no existiesen los bemoles.

Despues de tres años de un estudio tenaz logró el baron tocar medianamente un solo Jarnovieh, menos los bemoles, y entusiasmado con este resultado, dijo á Fiorillo que queria dar á sus amigos una muestra de su habilidad, y que le encargaba tomase sus disposiciones para celebrar un concierto en el sábado próximo. Pasáronse, pues, esquelas de convite á los príncipes de la familia real, presidentes de ambas cámaras, corregidor de la ciudad y grandes dignatarios del Reino Unido, los cuales como conocedores de la originalidad del baron, aceptaron con maliciosa prevención el convite. Llegó el dia del concierto, y Fiorillo pensativo en extremo, se hallaba completamente alterado, sombrío y meditabundo.

—¿Qué teneis, mi querido maestro? le preguntó miss Betty, sobrina del baron.

—¡Ay! señorita, contestó el profesor. Su gracia va á comprometer esta noche los veinte años de una profesion honrosa.

—Vuestra reputacion está bien asegurada, no os apesadumbre eso, creedme; si se rien, reiros, el triunfo ha de ser esta noche del que mas se ria.

A pesar de los consejos de miss Betty, asistió al ensayo trémulo de miedo: el baron llegó con la mayor tranquilidad, subió al sitio destinado para los que habian de ejecutar los solos, y sin aguardar á que empezara el tutti, rascó desesperadamente las cuerdas de su violin. Aquello fué una trapisonda, un desconcierto general; pero los músicos que estaban pagados para adular aplaudieron estrepitosamente.

Todo habia ido bien hasta entonces; pero llegada la hora del concierto observó el baron entre la concurrencia al hermano del rey, primoroso violinista, y á la duquesa de Cambridge, que pasaba por la primera música de su época. Tembló de terror el baron, y fué á buscar aceleradamente á Fiorillo; este habia desaparecido.

—Pues señor, no hay remedio, dijo el baron; hay que tocar, suceda lo que quiera, y puesto que mi maestro me abandona en tan criticos momentos, me vengaré de su abandono tocando con su arco.

Llegó la hora del concierto, que dió principio con un magnífico coro de Handell, desempeñado con acierto y maestría. Siguieron despues dos composiciones del célebre Paisiello, y el orden de la fiesta señalaba en seguida el solo del baron. Presentóse temblando, hizo un respetuoso saludo, y la orquesta empezó el tutti que precede á toda pieza destinada á que un aficionado luzca sus primores. El baron ejecutó con una seguridad admirable la introduccion de su solo: la asamblea que habia asistido con intencion de reirse, quedó sorprendida al oír tan brillante ejecucion: levantáronse entusiasmados gritos, vítores y repetidos aplausos, y agitáronse violentamente los pañuelos en honra del baron, que ignorando lo que le sucedia temblaba sudando á mares.

Al dia siguiente el ayuda de cámara al hacer la limpieza general de los instrumentos de música, notó que las cerdas del arco estaban llenas de sebo. Sorprendido se presentó á su amo, que admirado á su vez llamó á Fiorillo.

—¿Abí tienes el arco que tan bien me ha servido anoche, ruégote me le dejes como un grato recuerdo y admitas en cambio este corto obsequio.

Al decir esto le entregó el documento de un vitalicio de cien libras esterlinas.

—Pero ¿cómo se halla este arco de este modo?

Fiorillo bajó su cabeza y no contestó.

—Mi querido tio, respondió entonces miss Betty, vuestro maestro se escondió anoche detrás de un biombo y fué quien

tocó mientras vos manejabais con tanta maestría su arco untado de sebo.
—Pues mirad si estaria anoche fuera de mí, que creia firmemente ser yo quien ejecutaba tan sorprendentes primores.

JUAN RAMON IGUALADA.

EL MENDIGO.

SONETO.

Porque te vé desnudo ú haraposo
Tender la mano, te escarnece el mundo:
Te llama vil, y te apostrofa inmundo
Si vés á importunar al poderoso.
Por Dios suplicas débil y lloroso
Que tu pesar remedien sin segundo;
Y te despiden con desden profundo,
Y tu estado desprecian angustioso.
¡Cuánta injusticia á tu dolor tirano!
Y para tu afliccion de noche y día,
¡Cuán poco merecida indiferencia!
Si ese á quien llamas con placer hermano
Desoye tu tristísima agonía,
Su auxilio te dará la Providencia.

R. R. DE M.

HIGIENE.

USO DE LAS FRUTAS.

Aunque «melon» viene del hélico «melon manzana», nada tiene que ver con el «melo» y el «pepo» de los griegos y de los romanos, quienes, bajo este nombre, comian una especie de cidras cayotas ó calabacines aderezados con salsas muy estimulantes.

Nuestro «melon» es el fruto sazonado del «Cucumis melo» y del «C. delitiosus», planta de las regiones mas templadas del Asia, y traída á Occidente en la época de las primeras expediciones de los romanos contra los persas.—Es planta herbácea, procumbente, y de la familia de las cucurbitáceas. Se conocen de ella muchísimas especies y variedades (melon comun, melon de Indias, melon chino, etc.); pero la mayor parte de mis lectores apenas conocerán mas que el melon «de la tierra» (redondo, de corteza rugosa ó rayada), y el «valenciano» (mas ovalado y de corteza lisa.)

Todo el mundo sabe que «el melon y el casamiento ha de ser acertamiento, ó el melon y la muger, malos son de conocer», (segun reza otro adagio), porque el acierto, en ambas cosas, mas suele depender de la casualidad que de la eleccion; y todos sabemos igualmente que, como dijo cierto fabulista francés, para encontrar un melon bueno, hay que catar diez:

Rare un parfait ami, rare un parfait melon;
Il faut en goûter dix pour en trouver un bon.

Pero digamos tambien que cuando el melon es pesado, y tiene cierto olor, no muy pronunciado, y el pezon no está marchito y se desprende con facilidad, hay grandes probabilidades de no tirar el dinero comprándolo.

Sin embargo, bueno y todo, no es el melon una gran fruta, á pesar de su tamaño, á pesar de los innumerables aficionados que cuenta, y á pesar de que Tiberio llevaba su aficion hasta el punto de exigir que se le sirviera melon todos los días, á todas las comidas, y en todas las estaciones del año.

La carne ó pulpa del melon, acuosa y lentamente asimilable, se digiere con dificultad, y con frecuencia repite á la boca. Así es que los gastrónomos la cargan de azúcar, ó la espolvorean con sal y pimienta, y beben en seguida una copita de vino seco ó rancio. «Pera, durazno y melon, quieren el vino mejor», (dice un antiguo refran castellano). Con estos adherentes, todavía puede uno atreverse á ingerir una ó dos ragitas de la fruta en cuestion.—El doctor Festraests habla de varias personas á las cuales el solo olor de los melones les daba una indigestion. «Bastaba (dice) que permaneciesen dos ó tres horas cerca de un melon cortado, para tener eructos de sabor de melon, náuseas y vómitos.» «Esto prueba (añade) que en la teoría de la indigestion, no debe olvidarse nunca la influencia de los olores.»

Conviene mucha sobriedad en el uso del melon; «el melon y el queso, tómallo á peso», dice otro refran.—Los convalécientes y los viejos deben abstenerse absolutamente de semejante fruta.—Igual prohibicion fulminamos á todas las edades y estados para cuando reine el cólera ú otra epidemia.

Vale mas comer el melon despues de la sopa, que á los postres, como acostumbran muchos.—Muchos son tambien los que ponen á refrescar el melon cubriéndole de agua, pero es preferible refrescarlo cubriéndole ó cercándole de nieve (sin agua) en un cubo, cubeta ó vasija cualquiera.

La carne del melon puede guardarse durante el invierno en azúcar ó en botaes herméticamente tapados, resultando una especie de compota asaz agradable... para los aficionados.

Las pepitas del melon figuraron antiguamente entre las «cuatro semillas frias mayores»; de ellas se extraia un aceite anodino; y con su harina ó parte amilácea se preparaban horchatas sedativas.

—Compañera del melon es la «sandía», ó zandia ó melon de agua, fruto de la «Cucurbita citrullus.» Esta fruta en ri-



El mendigo.

gor no es fruta; es propiamente hablando, un zumo ó jugo suave y ligeramente azucarado, que se emplea para apagar la sed en la estacion del fuerte calor.—Tomada con moderacion, es la sandía una «cosa» inofensiva; pero si se comete el menor esceso, tropieza uno con todos los inconvenientes del melon comun.

—Para que se vea cuán poca cosa es el melon, vamos á concluir insertando una tabla de la virtud alimenticia de varios comestibles.

EN CADA CIENT PARTES.	PARTES NUTRITIVAS.
De Melon.	3
— Berzas.	8
— Fresas.	13
— Zanahorias.	14
— Peras.	16
— Manzanas.	17
— Melocotones.	25
— Patatas.	25
— Albaricoques.	26
— Uvas.	27
— Vaca cocida.	33
— Trigo.	80

Ya lo ven nuestros lectores; el melon es la mas desustanciada de todas las frutas.

E. C. Y S.

CÁNDIDA OCURRENCIA.

(ANÉCDOTA.)

Metiósele en las mientes á don Cándido que en este mundo engañoso, para ser uno feliz, debía hallarse en un alto puesto. El bueno del hombre continuamente estaba meditando el modo de elevarse. Sus amigos y parientes viendo que insistia en sus trece, le creyeron al fin maniático, y pusieron en juego todos los resortes para hacerle desistir de su temerario empeño. Todo en vano. Precisamente aquella mañana habia recibido una carta de Paris, al parecer de un alto personaje, que acabó de trastornarle el cerebro.

La noche del mismo dia la pasó encerrado en su cuarto meditando sus planes; y al siguiente, mientras su familia dormia la siesta, cometió la torpeza de subirse al campanario de cierta villa privilegiada, aprovechando la salida del sacristan y monacillos. A su cúspide llegó y al topar la velleta cruzóse de piernas con aire de gravedad y de satisfaccion.

Estaba el majadero en esta postura muy pagado de sí, cuando empezó á soplar un recio vendabal que le arrebató el sombrero. D. Cándido no cedió á pesar de la brusca advertencia, permaneciendo en su puesto.

La plaza y calles contiguas á la iglesia empezaron á poblarse de gente curiosa y desocupada, y algunas personas de buenos sentimientos intentaron hacerle bajar de dicho sitio al ver el riesgo que corria su pobre persona. Inútil

empeño, pues don Cándido, muy previsor en todas sus cosas, guardaba en el bolsillo la llave del campanario. Fácilmente se comprenderá que la cándida criatura provocaba á risa desde su elevado puesto, sobre todo cuando sin tener en cuenta la distancia se empeñó en querer tapar la boca desde el mismo á ciertos prógimos para no oír sus cuchicheos.

Por último, faltándole las fuerzas para mantenerse en tan difícil posicion y aturrido ante tanto clamoreo de abajo, cayó de improviso en medio del pueblo que le contemplaba con sonrisa mas burlona que compasiva, muriendo despues de una prolongada y triste agonía.

Sus restos fueron conducidos á la última morada sin pompa alguna; no obstante, todo el pais tuvo noticia del percance.

Los amigos del finado se pronunciaron desde luego contra el campanario, y siguen aun intrigando para echarlo abajo, como si semejante mole tuviese nada que ver con la enagenacion mental del consabido don Cándido.

¡Qué cosas pasan en la villa de marras!

MODESTO COSTA Y TURELL.

RAMILLETE FILARMÓNICO

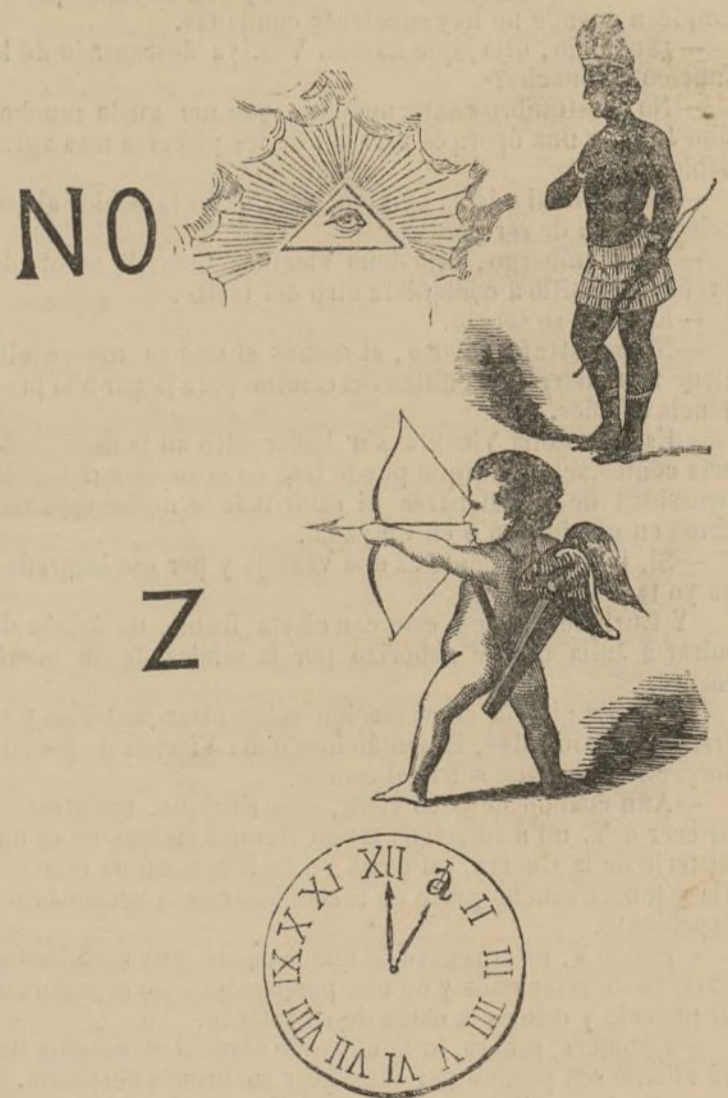
PARA PIANO.

La unánime aceptacion con que el público ha recibido esta selecta coleccion de piezas de música, cuyo mérito tienen apreciado ya los inteligentes, nos ha decidido á repetir su anuncio, enumerando seguidamente las doce escogidas piezas que componen la coleccion, impresas con esmero y en buen papel y con una magnífica portada.

La 1.^a Polka, titulada la Ausencia.—2.^a Redowa, la Primavera.—3.^a Polka, el Verano.—4.^a Polka, el Otoño.—5.^a Wals-Polka, el Invierno.—6.^a Redowa, la Veleidosa.—7.^a Polka-Mazurka, la Elegante de los salones.—8.^a Wals, la Camelia.—9.^a Polka-Mazurka, el Primer suspiro.—10. Wals, la Aragonesa.—11. Polka, ¡Flor tan bella... y con espinas!!—12. Redowa, la Linda.

Se hallan de venta al precio de DIEZ REALES en Madrid y DOCE en provincias, en el establecimiento litográfico de don J. J. Martinez, editor, calle del Arco de Santa María núm. 7, y se remiten á Provincias enviando el importe en libranza ó sellos de franqueo.

GEROGLÍFICO.



Z

LA SOLUCION EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martinez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.